

ARTHUR CONAN DOYLE

SHERLOCK HOLMES



ESTUDIO
EN ESCARLATA

booket

Arthur Conan Doyle

Estudio en escarlata

Traducción de Sara Morales Loren



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *A Study in Scarlet*

© por la traducción, Sara Morales Loren
Traducción cedida por EDIMAT LIBROS S.A.
© Editorial Planeta, S. A., 2022
Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Booket / Área Editorial Grupo Planeta
Ilustración de la cubierta: © Birgit Palma
Primera edición en Colección Booket: marzo de 2022

Depósito legal: B. 2.518-2022
ISBN: 978-84-08-25509-3
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

Mr. Sherlock Holmes

En el año 1878, recién licenciado en Medicina por la Universidad de Londres, me dirigí a Netley para seguir el reglamentario curso dirigido a los cirujanos militares. Una vez terminé mis estudios allí me destinaron al Quinto Regimiento de Fusileros Northumberland en calidad de cirujano ayudante. El regimiento estaba en aquella época destacado en la India y antes de que pudiera unirme a él estalló la segunda guerra afgana. Al llegar a Bombay me enteré de que mi ejército se había abierto paso y se había adentrado en territorio enemigo. Lo seguí acompañado de muchos oficiales que estaban en mi misma situación y conseguimos llegar sanos y salvos a Kandahar, donde encontré a mi regimiento y me incorporé de inmediato a mis nuevas obligaciones.

Esta campaña permitió el ascenso de muchos y proporcionó honores también a muchos, pero a mí solo me trajo problemas y desgracias. Fui transferido de mi brigada a las tropas de Berkshire, con quienes serví du-

rante la terrible batalla de Maiwand. Allí, una bala jezail¹ me hirió en el hombro. La bala destrozó el hueso y rozó la vena subclavia. De no haber sido por el valor y la devoción de Murray, mi ordenanza,² quien me subió a lomos de un caballo de transporte y consiguió llevarme hasta las líneas británicas, hubiese caído con toda seguridad en manos de los sanguinarios *ghazis*.³

Doblegado por el dolor y muy debilitado debido a todas las penalidades sufridas, fui trasladado junto con un gran número de heridos al hospital de campaña, situado en Peshawar. Allí me recuperé, y ya había mejorado lo bastante como para dar paseos por los pabellones e incluso para holgazanear al sol en el porche, cuando sufrí unas fiebres intestinales, la maldición de nuestras colonias en la India. Durante meses me debatí entre la vida y la muerte y cuando, finalmente, me recuperé y me convertí en un convaleciente, un tribunal médico dictaminó que, dada mi debilidad y lo consumido que estaba, no debía retrasarse ni un día mi vuelta a Inglaterra. De manera que me subieron a bordo del transporte de tropas Orontes y un mes más tarde desembarqué en el malecón de Portsmouth, con mi salud dañada de forma irreversible y un permiso de nueve meses del paternal Gobierno durante el cual debía intentar mejorarla.

1. El jezail, llamado *jezzail* en idioma Pastún, es un arma larga utilizada en la India británica, el Asia Central y en partes del Oriente Medio. (*N. de la E.*)

2. Soldado ayudante encargado del caballo del oficial que llevaba la silla de montar con su equipo durante una campaña. (*N. de la E.*)

3. Soldados musulmanes que luchan contra los que no profesan el islam. (*N. de la E.*)

No tenía ni un solo pariente en Inglaterra y era, por tanto, libre como el viento. O al menos tan libre como permitieran serlo unos ingresos de once chelines y seis peniques al día. Dadas las circunstancias, como es natural, me asenté en Londres, ese gran pozo séptico que acaba engullendo a todos los vagos y maleantes del imperio. Durante algún tiempo me alojé en un hotel del Strand, tiempo en el que seguí una confortable existencia carente de cualquier propósito y durante el que gasté todo el dinero del que disponía con mucha más generosidad de la aconsejada. El estado de mis finanzas llegó a ser tan alarmante que me di cuenta de que habría de abandonar la metrópoli y asentarme en alguna localidad más rústica, o bien cambiar por completo mi estilo de vida. Una vez tuve claro que prefería la segunda opción, tuve claro también que tenía que abandonar el hotel y buscar un alojamiento menos pretencioso y más barato.

El mismo día en el que llegué a dicha conclusión, mientras estaba en el bar Criterion, alguien me golpeó en un hombro por detrás y al girarme descubrí al joven Stamford, quien había sido ayudante a mis órdenes en Barts. Hasta a un hombre solitario le agrada encontrarse con una cara conocida en la selva inhóspita que es Londres. En el pasado, Stamford y yo no habíamos sido íntimos precisamente, pero en aquel momento le saludé con entusiasmo y, a su vez, él parecía encantado de haberse encontrado conmigo. En un arranque de entusiasmo le invité a comer conmigo en el Holborn y los dos nos montamos en un carruaje para dirigirnos allí.

—¿Qué has estado haciendo, Watson? —me dijo con un nada disimulado asombro mientras traque-

teábamos a través de las transitadas calles de Londres—. Estás flaco como un palo y negro como un tizón.

Le hice un resumen de mis aventuras y terminé mi relato prácticamente en el momento en el que llegábamos a nuestro destino.

—¡Pobrecillo! —dijo compasivamente después de escuchar el relato de todas mis desgracias—. ¿Y qué piensas hacer ahora?

—Encontrar alojamiento —respondí—. Intento encontrar una habitación confortable a buen precio.

—Es curioso —comentó—, eres la segunda persona que me dice esas palabras hoy.

—¿Quién fue la primera? —pregunté.

—Un tipo del hospital que trabaja en el laboratorio de química. Esta mañana se lamentaba de no poder encontrar con quién compartir el alquiler de unas habitaciones muy agradables que había encontrado y cuyo precio es demasiado alto para su bolsillo.

—¡Por todos los demonios! —exclamé—. Si de verdad quiere compartir el apartamento y los gastos, soy el hombre que está buscando. Prefiero vivir con alguien a seguir solo.

El joven Stamford me miró por encima de su copa de vino.

—Todavía no conoces a Sherlock Holmes —dijo—. A lo mejor no te gusta lo bastante como para tenerle de compañero todo el tiempo.

—¿Y eso? ¿Qué defectos tiene?

—Yo no he dicho que tenga ningún defecto. Tiene unas ideas un tanto particulares... Es un entusiasta de ciertos campos de la ciencia. Por lo que sé, es bastante buen tipo.

—Estudiante de Medicina, supongo —dije.

—No. No tengo ni la menor idea de a qué se dedica. Creo que sabe bastante de anatomía y es un químico de primera; pero, por lo que sé, jamás ha seguido ningún curso de medicina. Sus estudios son excéntricos e inconexos, pero su nivel de conocimientos, por poco ortodoxo que sea el método con el que los ha conseguido, asombraría a cualquiera de sus profesores.

—¿Nunca le has preguntado a qué se dedica?
—pregunté.

—No; no es fácil sonsacarle. Aunque es bastante comunicativo cuando decide serlo.

—Me gustaría conocerle —dije—. Si he de compartir alojamiento con alguien, prefiero que sea una persona tranquila y dedicada al estudio. Todavía no estoy lo suficientemente recuperado como para soportar jaleo y muchas emociones. Es más, en Afganistán he tenido ambas cosas en cantidad suficiente para el resto de mis días. ¿Cómo podría ponerme en contacto con tu amigo?

—Seguro que está en el laboratorio —replicó mi compañero—. Tan pronto no aparece en semanas como trabaja allí noche y día. Si te apetece, podemos pasarnos por allí después de comer.

—Desde luego —contesté, y la conversación rápidamente discurrió por otros derroteros.

Mientras íbamos hacia el hospital después de la comida en el Holborn, Stamford me contó algo más del caballero con el que me proponía compartir alojamiento.

—No me eches la culpa si no consigues entenderte con él —dijo—. Lo único que sé de él es lo que he visto las pocas veces que me he encontrado con él en el labo-

ratorio. Has sido tú quien ha propuesto este apaño, así que no me hago responsable si no te llevas bien con él.

—Si no nos llevamos bien, será bien sencillo separarnos —respondí—. Me parece, Stamford —le dije mirándole fijamente—, que te lavas las manos de este asunto por algo. ¿Tan mal carácter tiene o qué demonios pasa con él? Habla claro y no te andes por las ramas.

—No es fácil ponerle palabras a algo así —respondió con una carcajada—. Holmes es excesivamente científico para mi gusto..., roza la frialdad. Me lo imagino perfectamente inyectándole un alcaloide a un amigo suyo, no por maldad, no me malinterpretes, sino para comprobar qué efectos tiene exactamente, por puro espíritu científico. Siendo justo con él, creo que estaría igualmente dispuesto a inyectárselo él mismo. Parece estar obsesionado con el conocimiento exacto.

—Eso es muy bueno.

—Sí, pero sin pasarse. Cuando ese afán lleva a golpear los cadáveres de la sala de disección con un palo, francamente adquiere un tinte bizarro.

—¿Golpea los cadáveres?

—Sí. Para comprobar hasta qué punto pueden aparecer cardenales tras el fallecimiento del sujeto. Le he visto hacerlo con mis propios ojos.

—¿Y dices que no es estudiante de Medicina?

—No. Dios sabe qué es lo que realmente estudia. Pero ya hemos llegado y debes formarte tu propia opinión acerca de él.

Mientras hablaba habíamos avanzado por un sendero estrecho y habíamos atravesado una pequeña puerta lateral que nos introdujo en una de las alas del enorme hospital. Conocía el lugar y no necesité que me

guiase por la blanquecina escalera de piedra, ni a través del pasillo blanqueado de puertas del mismo color que la arena. Cerca de su extremo más alejado, se abría un pasadizo abovedado de techo bajo que conducía al laboratorio de química.

Era esta una estancia de altos techos abarrotada de innumerables frascos. Diseminadas por toda la sala había enormes mesas bajas llenas de retortas, tubos de ensayo y pequeños mecheros Bunsen con sus trémulas llamas azules. En la habitación había un único estudiante, totalmente absorto en su trabajo, que se inclinaba sobre una de las mesas. Al oír nuestros pasos, miró a su alrededor y se puso en pie de un salto con una exclamación de alegría.

—¡Lo encontré, lo encontré! —gritó a mi compañero mientras corría hacia nosotros empuñando un tubo de ensayo—. He encontrado un reactivo que precipita única y exclusivamente en presencia de hemoglobina. —De haber descubierto una mina de oro, no habría demostrado más entusiasmo.

—Doctor Watson, el señor Sherlock Holmes —dijo Stamford a modo de presentación.

—¿Cómo está usted? —me dijo estrujándome la mano con una fuerza de la que nunca le hubiese creído capaz—. Ha estado en Afganistán, por lo que veo.

—¿Cómo demonios lo sabe? —le pregunté asombrado.

—Da lo mismo —dijo riéndose para sí—. Lo que importa ahora es la hemoglobina. No dudo de que se dan cuenta de la importancia de este descubrimiento mío.

—Sin duda, tiene un cierto interés químico —respondí—, pero en el terreno práctico...

—Señor mío, se trata del descubrimiento medicole-

gal más práctico en años. ¿No se da cuenta de que proporciona un método infalible para detectar si una mancha es de sangre o no? ¡Venga aquí! —En su entusiasmo, me agarró por una manga del abrigo y me arrastró hasta la mesa en la que había estado trabajando—. Tomemos algo de sangre fresca —dijo clavándose una aguja de gran longitud en un dedo y aspirando con una pipeta la gota que obtuvo—. Ahora introduciré esta gota de sangre en un litro de agua. Como verá, la mezcla resultante parece agua pura. La proporción de sangre no puede ser superior a una parte por millón. Y, sin embargo, estoy seguro de que obtendré la reacción química característica.

Mientras hablaba echó dentro del mismo recipiente unos pocos cristales blancos y unas gotas de un líquido transparente. En un momento el contenido se tornó de color caoba y en el fondo de la jarra de cristal precipitó un polvillo marrón.

—¡Ja, ja! —gritó, aplaudiendo y tan entusiasmado como un niño con zapatos nuevos—. ¿Qué le ha parecido?

—Parece un ensayo muy preciso —comenté.

—¡Es fantástico, fantástico! El antiguo ensayo que utilizaba madera de guayacán era demasiado pesado y poco fiable. Y lo mismo ocurre con la inspección al microscopio en busca de corpúsculos de sangre. Esta, además, es inútil si las manchas de sangre tienen unas pocas horas. Sin embargo, parece que este funciona igual de bien con sangre vieja que con sangre nueva. Si se hubiese inventado este ensayo antes, muchos hombres que hoy caminan libres por el mundo habrían pagado hace tiempo sus crímenes.

—¡Desde luego! —murmuré.

—En los juicios penales se llega a este punto continuamente. Se sospecha que un hombre es el culpable de un crimen que se cometió hace, quizá, meses. Al examinar sus ropas se descubren manchas de color marrón. ¿Son de tierra, sangre, óxido, fruta o de qué exactamente? Esta es una cuestión que durante tiempo ha despistado a todos los expertos. ¿Y por qué? Porque todavía no había ningún ensayo fiable. Pero ahora ya existe el ensayo Sherlock Holmes, con lo que toda dificultad desaparece.

Le brillaban los ojos al hablar y, con la mano en la cabeza, hizo una reverencia, como si saludase a una multitud producto de su imaginación.

—Hay que felicitarle —dije, muy sorprendido por su entusiasmo.

—Si este ensayo hubiese existido el año pasado cuando el caso Von Bischoff en Fráncfort, él habría acabado sin duda en la horca. Y luego tenemos a Mason en Bradford y el famoso Muller, y Lefevre en Montpellier, y el caso Samson en Nueva Orleans. Puedo dar toda una lista de casos en los que habría sido decisiva esta prueba.

—Parece usted un anuario ambulante del crimen —dijo Stamford entre risas—. Podría publicar algo dedicado a ello y llamarlo *Crímenes del pasado*.

—Y sería de lo más interesante —comentó Sherlock Holmes mientras se ponía un emplasto sobre la punción del dedo—. Debo tener cuidado —me dijo sonriendo—, pues trabajo mucho con venenos —me enseñó su mano y la tenía cubierta por emplastos similares y descolorida por potentes ácidos.

—Hemos venido para hablar de negocios —dijo Stamford sentándose en un alto taburete de tres patas; empujó uno hacia mí con un pie—. Este amigo mío

busca alojamiento y como le oí quejarse porque no tenía a nadie con quien compartir el que usted encontró, he pensado que lo mejor sería presentarles.

Sherlock Holmes pareció encantado ante la perspectiva de compartir alojamiento conmigo.

—He puesto mis ojos en un apartamento de Baker Street —dijo— que nos iría estupendamente. Espero que no le moleste el aroma de tabaco fuerte.

—Yo mismo fumo *ship's*⁴ —respondí.

—Eso está bien. Normalmente llevo productos químicos a casa y de cuando en cuando realizo algún experimento, ¿le molestaría eso?

—En absoluto.

—Déjeme pensar qué otros defectos tengo. En ocasiones me vengo abajo y me paso días sin abrir la boca. No crea que estoy molesto con usted si me sucede tal cosa. No me haga ni caso y se me pasará rápidamente. ¿Qué tiene usted que confesar? Lo mejor es que dos tipos que pretenden vivir juntos sepan cuanto antes lo peor del otro.

Este interrogatorio me hizo reír.

—Tengo un cachorro —dije— y me molesta el jaleo porque tengo los nervios destrozados. Me levanto a cualquier hora y soy extremadamente perezoso. Tengo muchos otros vicios, pero creo que por el momento estos son los más importantes.

—¿Clasifica el sonido del violín dentro del apartado «jaleo»? —preguntó preocupado.

—Depende del músico —respondí—. La música de un violín bien tocado es un placer de dioses, pero en caso contrario...

4. Puritos finos, baratos, elaborados con tabaco de baja calidad y muy fuertes. (*N. de la T.*)

—Oh, eso no es problema —exclamó con alegres risas—. Me parece que está todo resuelto. Si le gustan las habitaciones, claro.

—¿Cuándo podemos verlas?

—Pase a recogerme aquí mismo mañana a las doce del mediodía e iremos juntos a dejarlo todo atado —respondió.

—De acuerdo, a las doce del mediodía en punto —le dije estrechando su mano.

Le dejamos allí, trabajando rodeado de sus productos químicos y caminamos juntos hacia mi hotel.

—Por cierto —pregunté de repente girándome hacia Stamford—, ¿cómo diablos supo que yo había estado en Afganistán?

Mi compañero me dirigió una sonrisa enigmática.

—Esa es su gran habilidad —dijo—. A mucha gente le gustaría saber cómo consigue averiguar las cosas.

—¿Se trata de un misterio? —dije frotándome las manos—. Es de lo más estimulante. Te estoy muy agradecido por habernos presentado. Ya sabes: «El objeto de estudio de la humanidad debería ser el propio ser humano».

—Ese es el caso que debes estudiar —me dijo Stamford al despedirse de mí—. Aunque creo que será un problema peliagudo de resolver. Apuesto a que él consigue saber más cosas de ti que tú de él. Adiós.

—Adiós —respondí. Y caminé hasta mi hotel considerablemente interesado en mi recién conocido.